

alguna se percatara de ello. Y sin embargo, un cristiano puede pasear solo por este laberinto y á la hora que mejor le cuadre, de día y de noche, en medio de estos bárbaros, con más seguridad que en cualquiera de nuestras ciudades. Una simple asta de bandera europea, enhiesta sobre una azotea, como el índice amenazador de una mano escondida, influye más en estas gentes que entre nosotros un verdadero ejército.

¡Qué diferencia entre la civilización de Londres y la de Tánger! Pero cada una tiene sus ventajas: aquélla puede enorgullecerse con sus palacios y caminos de hierro subterráneos; aquí se puede pasear entre la multitud con el sobretodo desabrochado.

* * *

No existe en todo Tánger ni un carro ni un coche: no se oye el rumor producido por las gentes trabajando en las labores de sus oficios respectivos, ni sonidos de campanas, ni gritos de vendedores: no se nota movimiento alguno apresurado en personas ni en cosas: hasta los mismos europeos que no tienen donde meterse, se pasan las horas muertas en la plaza: todo reposa y todo convida al reposo. Yo mismo, que hace pocos días me encuentro aquí, empiezo á sentir el influjo de esta vida muelle y soñolienta. En cuanto llego al Zoco de Barra, siento irresistibles deseos de volver á casa: cojo un libro, y no bien he leído diez páginas, se me cae de la mano sin poderlo remediar: no bien reclino la cabeza sobre el respaldo de la butaca, he de hacer un verdadero esfuerzo, tal como recapitular, por ejemplo, un par de capítulos de Smiles, para levantarla de nuevo, y la sola

idea de que he de trabajar ó de que me esperan, me abruma de fatiga.

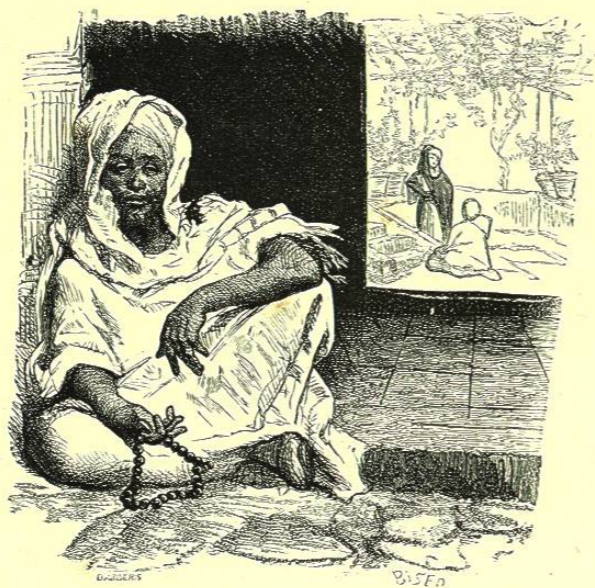
Este cielo siempre azul, y esta ciudad toda blanca, son una imagen de la paz inalterable y monótona, que para cuantos habitan este país, viene á ser paulatinamente el supremo deseo de la existencia. Tal es el motivo de interrumpir en este punto la nota de mis observaciones. La pereza se ha apoderado de mí y me ha vencido...

* * *

Entre la mucha gente que bullía junto á la puerta de la Legación, veíase un moro elegante, que desde el primer día se me había llevado los ojos tras su persona. Era uno de los mancebos más apuestos que en Marruecos había visto: alto, esbelto, de mirar dulce y melancólico, con una sonrisa por demás expresiva; en suma, un aspecto de sultán enamorado, que Danasch, el espíritu maligno de las *mil y una noches*, habría podido colocar al lado de la princesa Badura en lugar del príncipe Camaralzaman, en la seguridad de que no se habría aquélla quejado del cambio. Llamábase Mahomet, tenía diez y ocho años y era hijo de un moro de Tánger entrado ya en años, protegido de la Legación de Italia: un honrado y campechano musulmán, que, hacía algún tiempo, iba casi todos los días con despavorido semblante á pedir protección al ministro, contra un su enemigo que le había amenazado de muerte.

Dicho Mahomet hablaba algo en español, *moresco more*, es decir, usando todos los verbos en infinitivo, con lo cual le fué posible trabar amistad con mis compañeros. Hacía pocos días que estaba casado. Su padre le casó para que

sentara la cabeza, y al efecto enlazóle á una muchacha de quince años, bella como él. Con todo, el matrimonio no le había cambiado gran cosa. Continuaba siendo, según nosotros decíamos, *un moro del porvenir*, que no le hacía ascos á las copas de buen vino, — como no le vieran los suyos; — que chupaba los habanos con plácida delectación; cansábale por lo monótona la vida de Tánger; buscaba el trato de los



El moro Mahomet

europeos y por fin y remate acariciaba la idea de un viaje á España.

Sin embargo, lo que en aquellos días le retenía á nuestro lado, era el deseo de obtener, por nuestra mediación, permiso en forma para agregarse á la caravana y de esta suerte

visitar á Fez, la gran metrópoli, su Roma, el sueño de su infancia, la ilusión de su vida. Á este propósito nos prodigaba saludos, sonrisas y afectuosos apretones de mano, con tal expansión y gracia tanta, que bastaran á seducir entero el harem del emperador.

Como casi todos los demás moros de su edad pasábase el día yendo de una á otra calle, de esta á aquella esquina, para hablar del nuevo caballo de tal ó cual ministro; de la marcha de un amigo á Gibraltar; de la llegada de un buque; del robo ó hurto que se había cometido; de habladurías de mujer,

ó permanecido horas enteras, inmóvil y taciturno en un ángulo de la plazuela del mercado, con la cabeza sabe Dios dónde.

Á este bellissimo desocupado va unido el recuerdo de la primera casa morisca en que puse la planta, y el de la primera comida árabe en que sometí á prueba mi paladar. Un día su padre nos convidó á comer. Era un deseo que abrigábamos hacía mucho tiempo.

Una tarde, casi á prima noche, guiados por un intérprete, y acompañados por cuatro criados de la Legación, después de haber atravesado algunas callejuelas oscuras, llegamos delante de una puerta adornada con arabescos, que se abrió como por encanto al aproximarnos, y pasado un aposentillo blanco y completamente desmantelado, nos encontramos en el centro de la casa.

Lo primero que nos llamó la atención fué un gran tropel de gentes, una luz extraña, una maravillosa pompa de colores. Saliónos al encuentro el dueño de aquélla, acompañado de su hijo y de sus parientes, ciñendo todos grandes turbantes de deslumbrante blancura: marchaban detrás algunos servidores con las capuchas echadas: más lejos, en los ángulos menos iluminados y junto á los umbrales de las puertas, podían distinguirse mujeres y niños en cuyos rostros veíase pintada la sorpresa; mas á pesar de hallarse reunida tanta gente, reinaba un silencio profundo. Imaginaba hallarme en una sala: levanté la cabeza, y ví el cielo estrellado. Estábamos en el patio.

Como todas las casas árabes, era aquella un pequeño edificio cuadrado con un patinejo en el centro, á dos de cuyos lados se abrían dos puertas que daban ingreso cada una á un aposento largo y de elevada techumbre, desprovisto de

toda ventana, y sin más abertura que la arqueada puerta de ingreso, de la cual pendía un pesado cortinón. Las paredes eran blancas como el ampo de la nieve; los arcos de las puertas dentellados; el pavimento de mosaico; aquí y allá pequeños ajimeces pareados y diminutos babucheros. La casa había sido adornada convenientemente con motivo de nuestra recepción. Los suelos estaban cubiertos de alfombras y alcatifas: junto á las puertas brillaban velas de color de rosa, verdes y amarillas, puestas en magníficos candelabros, y, colocadas sobre diminutas mesillas, veíanse macetas con flores, que reproducían los tersos y brillantes espejos instalados detrás de ellas.

El efecto de todas estas cosas, extraño en sí mismo, y aisladamente considerado, resultaba extrañísimo al considerarse en conjunto. Había allí algo de decoración de iglesia y al par de adorno de teatrillo, de sala de baile y de postiza majestad; pero lleno todo de gentileza y de gracia, y en la distribución de las luces, y en la combinación de los colores, un efecto nuevo, un significado profundo, una maravillosa correspondencia con todo cuanto, bien que confusamente, habíamos pensado y sentido respecto de aquel pueblo, cual si fuese aquella la luz, si así podemos decirlo, y al par que la luz, el colorido de su filosofía y de su religión. Viendo el interior de aquella casa, penetrábamos por vez primera en el interior de la raza entera.

Pasáronse algunos minutos en cortesías y afectuosísimos apretones de manos, después de lo cual fuimos invitados á ver el aposento nupcial. Por mi parte, con la curiosidad propia de un europeo poco aprensivo, por no decir descarado, busqué inútilmente los ojos de Mahomet; mas inútilmente, pues éste había inclinado la cabeza y velado el rubor bajo el

turbante. La cámara nupcial consistía en una sala alta, larga y estrecha, cuya puerta salía al patio. En el fondo veíanse á un lado el lecho de la esposa, y en el opuesto el de Mahomet, cubiertos ambos de riquísima estofa de un rojo subido, recortado por bellísima franja: el pavimento hallábase cubierto de preciosas alcatifas de Rabat, y las paredes de tapices rojos y amarillos: entre los dos lechos veíase el ropero de la novia adosado al muro abundantemente provisto de jubones, faldas, calzas, vestimentas y prendas de formas desconocidas; de todos los colores de florido jardín; de lana, de seda, de terciopelo, lisas, recamadas y bordadas de oro y de plata; toda la canastilla de una muñeca de archiduquesita: un espectáculo capaz de trastornar la cabeza á un coreógrafo y hacer morir de envidia á una bailarina.

Desde allí pasamos al comedor. También se veían en él alfombras, tapices, flores, ricos candelabros puestos en el suelo; cojines y almohadones de mil colores colocados junto á las paredes, y dos lechos adornados con gran magnificencia, puesto que la estancia constituía la cámara nupcial del amo de la casa. Al lado de uno de aquéllos, hallábase dispuesta la mesa, contra la costumbre de los árabes, que colocan los platos en el suelo y comen sin cubiertos, y á despecho de los preceptos del Profeta, brillaba en derredor una corona de añejas botellas, destinadas á recordarnos en medio de las voluptuosidades del festín moro, que éramos cristianos de pura raza.

Antes de acercarnos á la mesa, nos sentamos en los cojines cruzando las piernas á estilo oriental, en derredor del secretario del dueño de la casa, un hermoso moro con turbante, que preparó el té delante de nosotros y nos sirvió, según la costumbre establecida, tres tazas á cada uno, debi-

damente azucaradas y aromatizadas con esencia de hierba buena, en tanto que entre taza y taza acariciábamos la colilla y la pelada cabezuela de un morito de cuatro años, último de los hermanos de Mahomet, que contaba furtivamente los dedos de nuestras manos, para convencerse de que eran cinco como los de todos los mahometanos. Apurado el té nos sentamos á la mesa. El dueño, para más obsequiarnos, consintió, después de muchas súplicas, en sentarse como nosotros, y



El té en casa de Mahomet

entonces comenzaron á desfilár ante nuestros encantados ojos los platos de la cocina árabe, objeto de nuestra curiosidad.

Yo comencé el primero con la mayor confianza... ¡Dios eterno! Mi primer impulso fué lanzarme sobre el cocinero y ahogarle entre mis manos. No, no exagero si digo que mi rostro hizo cuantas contorsiones puede ofrecer el semblante de aquél que se siente acometido de improviso por un cólico agudo, ó ha recibido la inesperada noticia de la quiebra de su banquero. Entonces comprendí perfectamente que las gentes que de aquella manera comen, crean en un Dios distinto del nuestro y tomen en otro sentido la vida humana.

Sólo comparándome á un desgraciado que se hubiese visto en la dura precisión de comer en los cachivaches de un peluquero, podría conseguir que se formara una idea aproximada de lo que sentí en la boca: aquello sabía á pomadas, á ceretas, á jabones, á tinturas, á cosméticos, á menjurges, á demonios, á todo cuanto, en fin, pueda imaginarse de más impropio para ser introducido en una boca humana. A cada nuevo plato cambiábamos miradas de sorpresa y terror. La materia prima debía ser buena, puesto que la formaban aves, carnero, caza y pesca, platos enormes de muy buen aspecto, pero nadando todo en salsas abominables; todo untoso, perfumado, cubierto de pomada; todo dispuesto al parecer más bien para ser alisado con el peine, que cogido con el tenedor. Con todo, era indispensable acabar con algo, y me preparaba al sacrificio recordando que Aleardi ha dicho:

¿A quién en la vida,
de escondido delito no le pesa?
Mas ¡algo se expía!

Lo único comible era el carnero asado. Ni siquiera el alcuzcuz, el plato nacional de los moros, hecho con grano triturado del tamaño de la sémola, cocido al vapor y condimentado con caldo ó con leche, —fementido simulacro de arroz,— ni siquiera el alcuzcuz pude engullir sin gesticular y mudárseme la color. Y hubo alguno de los nuestros que, por bien parecer, llevó su heroísmo al extremo de comer de todos los platos. ¡Dígase después de esto que en Italia no existen los caracteres!

A cada bocado, nos preguntaba nuestro huésped con la mirada, qué tal nos sabía, y nosotros poniendo los ojos en